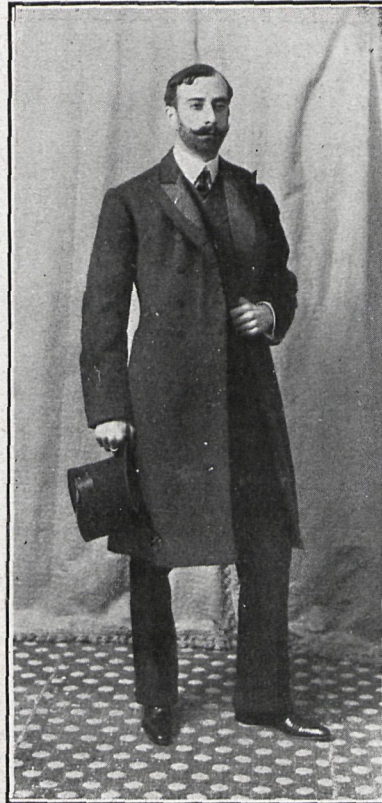




SR. TATAY



SR. DÍAZ DE MENDOZA (D. M.)



SR. CIRERA

Fots. Compañy

odios de raza y unir sus nombres y sus almas sin volver la vista atrás. Romeo y Julieta que triunfan. Mientras, D. Marcial y Roberto son las víctimas de su propia ley que los aniquila y los devora.

Este asunto, simpático y consolador, lo ha desarrollado el Sr. Echegaray en una acción vibrante que desde el principio despierta interés, que en progresión creciente se convierte en verdadera *ansiedad* hasta llegar á la catástrofe final.

Desde el acto primero, los tipos principales—D. Marcial, Victor, Blanca—se dibujan con toda claridad. De tono cómico, ligero y burlón, termina este acto con un efecto inesperado. Al ser presentados Roberto Ibarrola y D. Marcial Buitrago retiran las manos que se iban á estrechar. Estupefacción general. Sin comprender lo que sucede, Victor y Blanca confirman su cariño y se despiden tan amantes como siempre. Llévase á su hermana Roberto y se queda Victor con su tío Marcial. El ánimo del público suspenso y en expectación del drama que se anuncia.

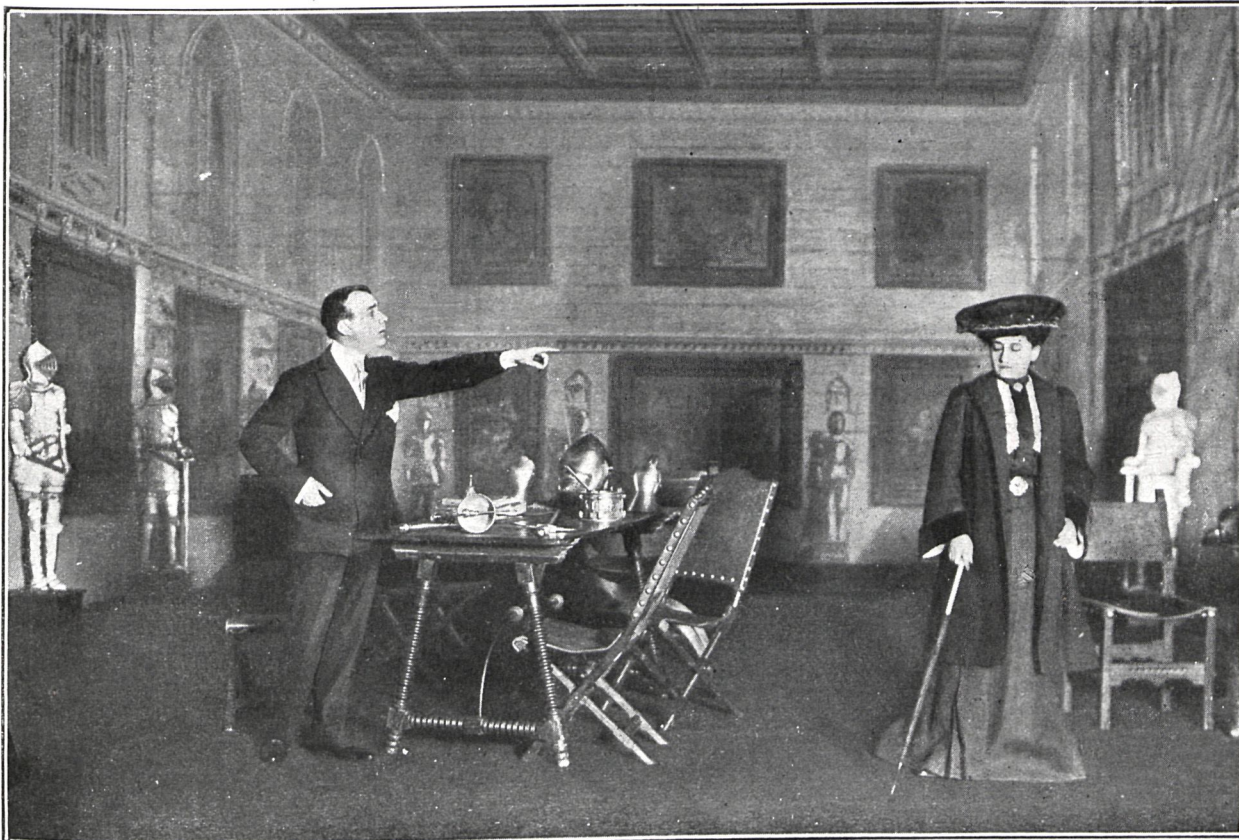
Plantéase el conflicto en el acto segundo. Roberto no quiere que su hermana visite la casa de los señores de Medina, en la que se vé con Victor. A este también le ha prohibido su tío que se comunique con Blanca. D. Marcial recuerda el negro pasado de Buitrago é Ibarrola y excita el odio en el alma de Victor, el cual se subleva ante la idea de que tales herencias de los padres labren la infelicidad de los hijos en un brioso arranque que provoca el aplauso. Aparece Roberto que, enterado de que su hermana se halla en casa de Medina, quiere llevársela. Blanca resiste y se queda, saliendo Roberto y Victor que á duras penas contiene su exaltación. El final de este acto es también de gran

efecto teatral. En el último acto (en casa de Victor), sabemos que este ha sido abofeteado por Roberto. La catástrofe se vislumbra. Una escena de profunda impresión es la en que Victor renuncia á batirse, á ruegos de Blanca. D. Marcial con un pretexto se aleja y ocupa el puesto de Victor en el lance concertado. Al saberlo Victor no puede ya contenerse y acude también al terreno. Cuando llega, ve mal herido á su tío y se bate con Roberto á quien hiere. A pesar de todo, Blanca no renuncia á su amor y se entrega en brazos de Victor. En este acto llega á su colmo la ansiedad. De pura cepa *echegarayesca*, con todo el poder de fantasía y todo el brio genial de nuestro gran dramaturgo, esta obra vigorosa, sobria, emocionante, apasionada, sorprende el ánimo é invalida el análisis.

—Usted la ha calificado exactamente—me decía el ilustre y bondadoso D. José la noche del estreno en Madrid.—Es, en efecto, un drama «de tiro rápido.»

Y por lo mismo un drama «de alcance» que podrán discutir partidarios de otros géneros y escuelas, pero no negar que responde á los grandes talentos de autor tan celebrado y tan fecundo que á los setenta y dos años de edad conserva la lozanía y la pujanza que para sí quisieran muchos ingenios mozos. Es María Guerrero (Blanca) dechado de ternura y de vehemencia. Tal como ella es habría de ser el personaje de hacerse persona. Fernando Mendoza tiene el ímpetu y la gallardía de Victor y encuentra lo trágico en el desenlace. Mariano Mendoza, Julia Martínez, María Cancio, Cirera, Tatay, Urquijo, Medrano y Manchón completan el resto del reparto.

JOSÉ DE LASERNA.



SR. MENDOZA

Fot. Compañy

SRA. GUERRERO

LA MUJER DE LOTH

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE EUGENIO SELLÉS, ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL

La *mujer de Loth* no es una obra nueva, pero, en realidad, como tal debemos considerarla, ya que la refundición, hecha por el mismo autor de ella, la ha modificado muy profundamente y ha llegado hasta á rehacer por completo un acto.

Es claro que el pensamiento capital de la obra de que el Sr. Sellés está, con razón, enamorado, no podía variar; lo que el ilustre autor de *El nudo gordiano* ha hecho ha sido modificar el desarrollo de su drama para conseguir que aquel pensamiento resaltase más y llegase al público con mayor intensidad dramática.

Que el Sr. Sellés ha conseguido lo que se proponía, demuéstralo el hecho de que su obra haya obtenido ahora, con el estreno de su refundición, un éxito mucho mejor que el conseguido cuando se estrenó por primera vez.

El Sr. Sellés ha expuesto, en un magnífico artículo publicado por *El Imparcial* el día mismo en que se estrenó la obra refundida, el pensamiento que le guió al escribirla. Dicho en pocas palabras, no fué otro que el de afirmar la conveniencia de olvidar el pasado y lanzarse briosamente al porvenir, á la conquista, pudiéramos decir, de una nueva España muy distinta sino muy opuesta á la España vieja, á la España heráldica, cuyo recuerdo, traído á las mientes con demasiada fre-

cuencia, nos impide seguir isocrónicamente el movimiento progresivo de la humanidad.

Para dar forma plástica y dramática á este pensamiento, el Sr. Sellés ha elegido como campo de experimentación el hogar de una familia aristocrática. En él viven un viejo aristócrata, enamorado de la tradición, con su hijo, mozo ya, pero sometido aún, en absoluto, á la férrea tutela de su padre, y dos muchachos á los que educan una institutriz y el capellán de la casa. La primera, muy penetrada de la vida nueva, procura, más que instruirlos, sin que por eso olvide esta interesante ocupación, formar sus almas y vigorizar sus cuerpos: es, en suma, una maestra ideal. Las lecciones del sacerdote no interesan á los muchachos tanto como las de la hermosa institutriz, ni mucho menos.

De ella, además, está enamorado el señorito de la casa, á quien la institutriz corresponde. En una hermosa escena del primer acto se dicen su amor y se juran, que será eterno á despecho de todos y de todo; ni uno ni otro miran atrás al pasado, que parece construído expresamente para separarlos.

Hay en la casa, temporalmente, una señora parienta del dueño de ella y enamorada como él de lo viejo, de lo arcaico y, sobre todo, de las tradiciones y de los blasones de la familia. Esa señora tiene una hija y está convenido por los padres que la

muchacha ha de casarse con el enamorado de la institutriz.

La muchacha no piensa así; á su vez está enamorada de un pintor amigo íntimo de la casa y dispuesta á todo para no ser de otro.

Los dos primos confíanse sus respectivos secretos y convienen luego una especie de tratado de paz y alianza; fingirán que se quieren, ganarán así tiempo hasta llegar á la mayor edad y luego, dueños ya de sus voluntades respectivas, podrán satisfacer sus gustos respectivos.

Pero ni uno ni otro tienen ocasión de comunicar aquel acuerdo á sus novios y así cuando en una comida, con que termina el acto primero, se da la noticia oficial de la boda, acordada ya, de los dos primos, la institutriz se desmaya y poco después ella y el pintor salen de la casa señorial.

convencen de que debe volver á la casa señorial. No ve cómo podría evitarlo ni qué peligro puede haber en ello estando ausente y lejos de España el único á quien, por amarle aún demasiado, pudiera temer.

El tercer acto se desarrolla en la casa señorial. Allí se desenlaza una intriga amorosa: el pintor rapta á su adorada y la institutriz defiende su fuga, hasta que su adorado, que regresó ya del viaje, sospecha que fué ella quien recibió en la casa á un hombre.

Entonces, al fin, descúbrese todo lo ocurrido y desenlázase la obra del modo más favorable á todos y conforme á la teoría que el Sr. Sellés se propuso defender.

No es fácil afirmar si el público queda ó no convencido; pero puede asegurarse, con absoluta ente-



SR. CIRERA

Fot. Compañy

SRA. GUERRERO

SR. MENDOZA

La acción del segundo acto ocurre en casa de la institutriz; allí vive ella con su madre, y allí va á buscarla su adorador; pero el cariño de este ha variado mucho, ya no es tan puro como antes, le han hecho volver la vista á atrás y ha visto en el pasado de la muchacha faltas cometidas por los padres de ella y que hacen al joven pensar en otro género de amores menos puros.

La institutriz rechaza indignada las proposiciones de su adorado y éste anuncia que parte para un largo viaje.

La muchacha arranca á su madre la confesión de su pecado, que desconocía, y se convence de que, en realidad, no fué culpable, sino víctima.

Al final del acto llegan los dos discípulos en busca de su maestra, no quieren pasar sin ella y la

reza, que queda emocionado. En *La mujer de Loth* hay escenas profundamente dramáticas y la acción además está conducida del modo más apropiado para que el interés se sostenga y vaya en aumento hasta el final de la obra.

Con estas condiciones, las más importantes en toda obra dramática, basta y sobra para que el público quede complacido, máxime cuando los intérpretes se compenetran perfectamente con los personajes representados y hacen de ellos creaciones vivas y palpitantes, que dan la impresión de la realidad.

Este es precisamente el caso de *La Mujer de Loth*. María Guerrero y el Sr. Mendoza hicieron primores en su representación, y los demás artistas, á respetuosa distancia, cumplieron bien.



SRTA. CALVÓ, DEL TEATRO LÍRICO
FOT. COMPAÑY



Fot. Compañy Sr. Cirera Sr. Mendoza (M.) Sra. Cancio Srta. Blanco Sra. Guerrero Sr. Mendoza

LA MUSA

IDILIO EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE DON SALVADOR RUEDA, ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL

Salvador Rueda, cuya reputación como poeta lírico, no puede ser puesta en duda ni aun por los más ardientes enemigos de la escuela colorista, de que el distinguido poeta puede ser considerado como jefe, ha querido probar fortuna en el teatro, y ha conseguido un gran triunfo con la representación, por la compañía Guerrero-Mendoza, de su idilio titulado *La Musa*.

La obra de Salvador Rueda fué estrenada en América por la misma compañía, y en aquellas provincias logró tan excelente éxito como en Madrid ha logrado ahora.

No es de extrañar que así ocurriera, porque la *La Musa* merece por multitud de circunstancias tan favorable acogida; es, desde luego, la obra de un poeta inspirado y lleno de delicadezas; y el público, que frecuentemente echa de menos en el teatro esas cualidades, las apreció mucho en la obra de Rueda.

El propósito del poeta es desde luego muy plausible; tiende á exaltar el amor á la naturaleza, y para ello la canta de admirable modo en escenas perfectamente combinadas, y en las que no se ve la impericia del principiante, sino por el contrario, la destreza de mano de un verdadero maestro en lides escénicas.

La Musa, una dama aristocrática que llega á pasar una temporada en la quinta próxima á Málaga de uno de sus amigos, encuentra allí á dos jóvenes distinguidos que distraen su fastidio sin acabar de destruirle por completo, y que han jurado no amar á ninguna mujer para que el amor no destruya la amistad.

La Musa se hace amar por los dos amigos, no obstante los juramentos de ellos, y procura convencerles y convertirlos al culto de la naturaleza. Además los somete á multitud de pruebas, alguna de ellas tan humillante como la de sustituir á un borrico como motor de una noria.

Claro es que *La Musa* triunfa, realiza su empeño y hace que ambos adoradores lleguen á amar la naturaleza que ella canta en hermosos versos al terminar la obra.

No tenemos espacio para detallar las bellezas de ésta; como ejemplo de ellos, merecen, sin embargo, ser citadas muy preferentemente las escenas del segundo acto que sucesivamente tiene *La Musa* con sus dos adoradores, la escena de la gitana en el primer acto, el tipo de ésta que es sin disputa lo mejor de la obra y que fué además admirablemente interpretada por la Sra. Cancio, y el tipo de criado que hizo también á maravilla el Sr. Díaz.

La escena del segundo acto entre la señora Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza fué muy celebrada, y con razón. Hay en ella mucha delicadeza y mucha y muy encantadora poesía.

El público que presenció el estreno de *La Musa* en Madrid, hizo á Salvador Rueda ovaciones tan justas como merecidas, y en sucesivas representaciones el éxito se consolidó, ya que no era fácil que fuera en aumento.

A resultado tan feliz, contribuyó mucho, además de lo dicho, la interpretación de la obra que fué excelente por parte de todos y, singularmente, por parte de la Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza.

La señora Guerrero encarnó el papel de protagonista y lo hizo con habilidad suma; para muchos

que en todas las obras hace resaltar sus cualidades de excelente actriz, y en *La Musa* logró un gran triunfo, haciendo una gitana andaluza muy bien vista y muy bien reproducida del natural.

En la escena del primer acto, con los obreros del cortijo, y en la del acto tercero, en que dice la buenaventura á la señorita de la casa, estuvo inimitable y logró los honores del proscenio unánimemente otorgados por el público.

La señorita Blanco hizo una niña encantadora, verdaderamente ingenua, y las demás actrices que intervinieron en la representación trabajaron discretamente sin descomponer nunca el cuadro.

De los actores merecen mención especial, los Sres. Díaz de Mendoza (Fernando y Mariano), Díaz Cirera y Juste.



UNA ESCENA DEL TERCER ACTO

Fot. Compañy

La Musa es la mejor entre todas las admirables creaciones de María Guerrero; pero esto, que suele decirse á cada obra que la eminente atriz hace, no es, ni mucho menos, fácil de determinar.

María Guerrero está realizando durante la actual temporada una labor gigantesca. En dos semanas, y no obstante trabajar diariamente, ha creado sin notar fatiga tipos tan distintos como *Gabriela de Vergy* y la Petrilla de *Caridad*, y en ambos ha ofrecido al público del Español mucho que admirar. Antes de eso en otras muchas obras, y singularmente en las tres que recogemos en este número de EL TEATRO: *Malas herencias*, *La mujer de Loth* y *La Musa*, había creado también tipos muy diferentes, y todos ellos con igual fortuna. No puede, pues, decirse que *La Musa* es su mejor creación; más exacto es afirmar que todas son mejores.

Algo semejante puede decirse de la señora Cancio,

La obra fué puesta en escena con la propiedad escenográfica á que la compañía del Teatro Español ha acostumbrado al público, y que naturalmente, hace resaltar las bellezas de las producciones dramáticas, ofreciéndolas en el medio más apropiado á la acción y vida que los personajes han de representar. La decoración, muy bien pintada, que representa un cortijo en las cercanías de Málaga, es de hermoso efecto, y todos los cuadros escénicos en ella presentados fueron diestramente dispuestos por la dirección de escena.

La Musa será indudablemente una de las obras que mejores éxitos proporcionen á la compañía Guerrero-Mendoza en sus excursiones por provincias. Las condiciones de ella así lo hacen pensar, y por otra parte, hay como dato para creerlo el hecho de que así haya ocurrido antes de venir la compañía á Madrid de su último excursión.



JETSABEL (Srta. Vila)



JUAN (Srta. Calvo)
Fot. Compañy



ALBAFLOR (Srta. Ameta)

DON JUAN DE AUSTRIA

DRAMA LÍRICO LEGENDARIO EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE D. JOSÉ JURADO DE LA PARRA Y CARLOS SERVET, MÚSICA DEL MAESTRO D. RUPERTO CHAPÍ

EL estreno en el Teatro Lírico del drama legendario *Don Juan de Austria*, ha sacado nuevamente á luz la vieja historia de las intrigas de bastidores: estrenado en las peores condiciones para que el público gustara de él, logró, no obstante, un buen éxito. En cambio el buen éxito, contra lo que la lógica invitaba á creer, no bastó para hacerle perdurar en los carteles.

Tan extrañas anomalías, de difícilísima explicación para los profanos, la tiene clara y fácil para los iniciados en los secretos de saloncillo: la obra se estrenó contra viento y marea, contra la voluntad del director de la compañía, y este es el mayor de los delitos imputables á una obra dramática.

Ahora bien, el por qué de la enemiga del Sr. Berges á la obra de los Sres. Jurado de la Parra y Servet tiene una explicación, aunque muy lamentable; y esa explicación, con inquina quizás bastante justificada, la da uno de los autores de *Don Juan de Austria* en el prólogo que gracias á la bondad del distinguido poeta publicamos á continuación.

Quéjense, con frecuencia, nuestros autores de la forma en que aquí viene ejerciéndose la crítica de las obras, tea-

trales, no ya tanto por lo que se refiere á las condiciones del crítico, como á las en que tiene que realizar su trabajo; y si con efecto, la queja es justa—por ser materialmente imposible que después de una sola audición de una obra, de relativa importancia, allá, á las altas horas de la noche, cuando el espíritu y el cuerpo están pidiendo reposo y las *cajas original* con insólito apremio, se tenga la serenidad de juicio que estos trabajos reclaman—no es menos cierto que, por esto mismo y porque el crítico no tiene en el periódico solamente esa misión, sino que le solicitan de continuo trabajos de diversa índole, la *impresión* que da al público acerca de la obra estrenada, no se extiende hasta examinar algo que yo considero importante y digno de ser conocido, porque ello influye, ó puede influir, en el éxito del estreno y en el éxito del porvenir de una obra.

Me refiero á todo aquello que hay *entre bastidores* y *aun por el foso*, ya referente á las empresas, ya peculiar de las compañías y que puede determinar el alza ó la baja de un éxito justo.

Como me importa dejar consignado algo de cuanto hubo de esto en el estreno de *Don Juan de Austria* he creído precisas algunas manifestaciones á guisa de preliminar.

Confieso que mi natural deseo de *estrenar* y *estrenar pronto*, me hizo no llevar mis pesimismo al ánimo del maestro Chapí, cuando supe que éste, en uno de esos rasgos de su excitable generosidad, había ofrecido nuestra obra á la empresa del Teatro Lírico.